

ma de la escuela, del templo y del mercado era el griego. En Egipto y Siria había más judíos de habla griega que hebreos en Palestina. Griega también era la lengua de la sinagoga, del foro y —más tarde— de la Ecclesia. Y "adoptar el idioma de Grecia también equivalía, en gran medida, a aceptar el pensar que su literatura expresaba" (pág. 131). La literatura latina bebió largamente de las fuentes griegas. San Agustín convirtió en vivencias las enseñanzas de Plotino y los ensueños de Filón (pág. 341). Ya cuando Tertuliano le arrebató Jerusalén a Atenas fue que la *fides* cristiana destruyó a la *ratio* griega y el cielo se convirtió en la ciudad de Dios; es decir, en un estado espiritual contrapuesto al reino del César. Pero cuando la sociedad universal de los cristianos (representación terrestre de la Ciudad Celestial) dio a éstos una ciudadanía doble, el concepto precristiano de la vida secular y religiosa (distinción que en sí viene de San Pablo y carecía de sentido en la terminología clásica) se dividió entre la Iglesia y el Estado. Con ello, se destruyeron el helenismo y la *Homonoia* y terminó la época de Alejandro a Constantino.

Todavía falta por escribirse una comprensiva historia intelectual de este gran período. Sin embargo, la antología de Barker provee gran parte de las referencias y muchas guías interpretativas. Es de esperarse que este libro inspirará un mayor estudio de una era que tanto significado tiene para el desarrollo social.

URSULA VON ECKART,
Universidad de Puerto Rico.

ARTHUR S. LINK, *Wilson: The New Freedom*. Princeton: University Press, 1957. 503 págs.

El Presidente Wilson, al salir de Princeton para la toma de posesión de la presidencia, le dijo a un amigo que sería irónico si su administración tuviera que encarar principalmente asuntos de relaciones extranjeras. Este comentario parece indicarnos que tenía algún presentimiento de lo que iba a ocurrir en el mundo. Y no es probable que haya persona alguna en 1912 que no se diera cuenta de las señales que indicaban las dificultades que se avecinaban. Todas las capitales de Europa estaban en tensión. Era obvio que Alemania amenazaba al Imperio Británico —estaba haciéndose de una armada— y la señora de los mares encontró esta práctica intolerable. El reto a su poderío era cada día más inminente. Pero si existía una sola persona que no hubiese observado las señales, esa persona era el nuevo Presidente. Su

atención se habría concentrado siempre en los asuntos domésticos; sólo recientemente se habían expandido sus horizontes para incluir a toda la nación, y aún no incluían al mundo.

Había sido desde luego un teorizante político de profesión, y como tal había estudiado y pensado muchos sobre el funcionamiento del gobierno. Pero eso no equivale a tener interés en la política del gobierno. Y tenía que haberse percatado de las deficiencias de su preparación para enfrentarse a las responsabilidades domésticas. Los asuntos fiscales constituían un misterio total para él; y era obvia la necesidad de reformar el sistema bancario y monetario. Ya habían surgido, de hecho, varias conversaciones al respecto. Estaba convencido de que debían reducirse los aranceles, pero más bien debido a que eso formaba parte de la tradición del Partido Demócrata y no porque hubiese estudiado el asunto. Tenía muy poco conocimiento de todas aquellas materias para las cuales habría de necesitar un programa casi de inmediato.

Sin embargo, sentíase mucho más capacitado para bregar con esos problemas que con aquel asunto de la política extranjera que le amenazaba desde el lejano horizonte. Y, claro, sus logros fueron grandes. La Ley Underwood de Tarifas y la Ley de la Reserva Federal fueron medidas de tremendas consecuencias. Para lograrlas hubo de reclutar todas sus reservas de valentía, aprender a recurrir a los políticos profesionales, y desilusionar a muchos de sus amigos liberales. Pero se lograron, y el historial es uno del cual podía sentirse orgulloso. Se le impidió seguir mucho más adelante, pero ésa, como él anticipó, fue otra historia.

Este volumen que estamos reseñando es la historia de su triunfo doméstico—la Nueva Libertad, como él la llamaba. Sigue en serie a una obra anterior del mismo autor,¹ donde se describe lo que ocurrió hasta el mismo momento en que ya estaba al borde de la presidencia. Los próximos volúmenes narrarán la historia de la guerra, de la participación que en ella tuvieron, bajo Wilson, los Estados Unidos, y de la paz de Versalles.

Es evidente que el profesor Link le ha dedicado todo el tiempo y estudio que requiere escribir en forma tan pulida el relato de las actividades de un gran presidente. Como narración histórica, considera todas las fuerzas en juego, la evidencia de cada documento, y sus conclusiones no sobrepasan los límites impuestos por la evidencia. Pero más aún, Link ha estudiado su tema bien; el retrato del presidente que nos pinta su biografía es tanto justo como realista. El autor descubrió que al igual que la mayoría de las personas, ya sea en puestos oficia-

¹ *Wilson: The Road to the White House*. Princeton: Princeton University Press, 1947.

les o no, Wilson tenía ciertos rasgos y características que afectaban sus actos; tenía prejuicios y conceptos erróneos; estaba extremadamente seguro de sí mismo y reconcentrado en sí mismo —era, de hecho, un egotista. Esto lo condujo a cometer varios errores graves, por no haber oído consejos y por haberse arrojado a las situaciones más delicadas sin otra preparación que la intuición. Por otro lado estos factores hicieron de él un líder seguro de sí mismo, capaz de insistir en que hubiera disciplina y obediencia puesto que estaba seguro de que tenía la razón. Aún más, le permitieron hacer concesiones y sacrificar amigos y principios cuando los intereses que él consideraba esenciales así lo requerían. Tiene que decirse —y el profesor Link así lo dice— que tanto su faltas como sus virtudes contribuyeron a hacer de él uno de los presidentes más notables en la historia de los Estados Unidos.

También tenían que mencionarse las avasalladoras ambiciones de Wilson, las cuales al darle rienda suelta lo llevaron a la presidencia y a la posición de liderazgo que vino a ocupar en el mundo democrático. No era remilgado en cuanto a los métodos que necesitaba para arribar a la próxima etapa de su marcha; por otro lado tenía facilidad para ignorar —como hacen la mayoría de los hombres— los aspectos más indeseables de ese progreso.

Pero ése es el camino del político en una democracia. Si Wilson no hubiera sido el hombre que era, tampoco hubiera sido el presidente que fue. No hubiera llegado a ser en aquella época la voz del mundo contra la fuerza de la agresión totalitaria, al igual que Franklin D. Roosevelt llegó a serlo en su época. Ninguno de estos dos esfuerzos tuvo resultados permanentes, pero sería prematuro decir que los afanes de ambos no han servido de cimiento para grandes logros futuros en el campo de la paz y la seguridad mundiales.

REXFORD G. TUGWELL,
Universidad de Chicago.

PHILIP C. JESSUP, *Transnational Law*. New Haven, Yale University Press, 1956. 113 págs.

La función del derecho internacional público hoy día consiste en reglamentar un sinnúmero de relaciones entre individuos, grupos sociales, organismos internacionales, gobiernos y estados: es decir, resolver un conjunto de problemas humanos que rebasan los límites de las fronteras nacionales. No se trata únicamente de resolver controversias entre los distintos estados o naciones. Tomando como punto de partida